

José Cañizales-Márquez

## Dos poetas contemporáneos venezolanos

### APRECIACION SOBRE LA NUEVA POESIA VENEZOLANA



A joven poesía venezolana cuenta con auténticos valores desde el punto de vista de la profundidad y universalidad sensible. Si trazamos un breve bosquejo de la actual promoción poética, nos encontraremos con personalidades jóvenes bien definidas, que representan una ambición distinta dentro del cauce del sentimiento nacional. Ellas son las portadoras del mensaje que traduce un pueblo, que como el nuestro, comienza a desperezarse y a desligarse de la morriña oscurantista, que años de implacable dictadura habían ido amontonando en el brío de nuestra gente. Al poeta le corresponde la dolorosa y sagrada misión de interpretar la angustia y la inquietud del hombre colectivo, y sus alas sensibles le nacieron con un plumaje más delicado, capaz de dolerse intensamente, porque sus sentidos permanecen desnudos, listos para ser lastimados. En este orden de ideas, el poeta va moviendo su antena sensible, quiéralo o no, en relación directa a los sucesos que sacuden o conmueven al hombre. La juventud sentidora de nuestro país ha respondido al supremo designio que la hora le ha demandado; y su poesía traduce parte de la eufo-

ria y el desenfado que espigan en la conciencia de nuestra patria, desde que sonó la hora definitiva de la reivindicación de la dignidad nacional, atropellada por el déspota, que desde Maracay, hizo de Venezuela su feudo personal.

Con el "Grupo Viernes" se comenzó a escuchar otro acento en la lírica venezolana. Si bien es cierto que la corriente subrealista estaba fecundando el parnaso de la juventud inmediatamente posterior a la muerte del tirano Juan Vicente Gómez; tampoco pudo escapar a la eclosión emocional que para aquella fecha movía los corazones de todos los venezolanos. El "Grupo Viernes" inicia un renacer de la poesía en la tierra de Bello, representada por entonces por poetas de verdadera fibra creadora, tales como: Vicente Gerbasi, Pablo Rojas Guardia, Otto d'Sola, Manuel F. Rugeles, José Ramón Heredia y otros. Este equipo de valores de la poesía venezolana, no obstante las críticas que puede merecer, realizó una labor de depuración artística, que el tiempo se ha encargado de reconocerle. Si fuésemos a juzgar aisladamente a cada uno de los integrantes del fenecido "Grupo", nos sorprendería el hallazgo de la metáfora atrevida, arbitraria y a veces inexplicable, que imponía la hora estética predominante. El "Grupo Viernes" representó la ambición de querer juntar corazones por medio del sentimiento, para en lucha común, acometer la hermosa tarea de dar al hombre de un pueblo, herramientas sensibles a una más sólida integración de su cultura, y por secuencia, para la obtención de una mayor amplitud de su conciencia frente al destino de esa historia tan azarosa y convulsionada como es la nuestra. Ortega y Gasset define con estas palabras la misión que cumple la poesía: "La poesía es flor del dolor; mas no del momentáneo y archiindividual, sino de un dolor sobre el que gravita la vida toda del individuo. Porque sobre la totalidad de una vida, con su nacimiento y su muerte, gravita a la vez, forzosamente, en más remota esfera, el doliente corazón silencioso del Uno-Todo".

"Vinimos de la noche y hacia la noche vamos", así comienza Vicente Gerbasi su hermoso poema-canto "Mi padre, el Inmigrante". Es-

te verso reproduce la angustia, no sólo de un hombre, sino de un momento de incertidumbre del hombre frente al Cosmos. Es el poeta perdido en medio del nadismo, del que nos habla Antonio Machado; colocado en medio del desierto del mundo, sin comienzo ni fin, sin cárcel ni fronteras. Y Gerbasi es uno de los poetas más representativos de aquel movimiento, por ser de un estremecimiento profundo. "El corazón es una secreta soledad", nos dice en otra parte, y así lo siente el poeta y así se siente el poeta, solo de soledad absoluta, distante siempre de la mano piadosa, capaz de sacarlo del rincón soledoso donde vive, habitante de los sueños:

*Por ti, que caminas con tus ropas pesadas,  
entre los esqueletos vegetales del frío,  
yo vago por la orilla de un lago taciturno,  
oyendo una campana de antiguos molineros.*

Así anda el poeta y así andan los poetas, vagando a la orilla de lagos taciturnos, sin poder encontrar la luz ansiada, aun cuando ellos en sí poseen una oculta llama que clarea sus pensamientos, para que los demás vean a través de ellos. En otra oportunidad nos dice, siguiendo el hilo de su desesperanza:

*A veces caigo en mí, como viniendo de ti,  
y me recojo en una tristeza inmóvil,  
como una bandera que ha olvidado el viento.*

Pablo Rojas Guardia arrastra en su poesía partes del contenido desordenado y poético de Neruda, además de las influencias de Rilke, de Darío y de los poetas malditos de Francia. La influencia nerudiana, no obstante la definida personalidad poética de Rojas Guardia, lo ayuda a "salir —según observa Picón Salas— a un claro de bosque, a un sitio limpio donde acampar, después de aquella como inmersión entre las enormes y retorcidas lianas". En uno de sus poemas, dice:





*Los campanarios crucifican sus vuelos.  
El campo es regocijo de ojos holgazanes.  
La ternura es como la cal de blanca,  
pero hay que olvidar hasta la blancura de las palabras  
cuando horadamos la tierra buscando palabras panes.*

El problema de lo social roza la sensibilidad de Rojas Guardia, y nos habla en su poesía de buscar "palabras panes". Las luchas que comenzaban a desatarse a su alrededor, estremecieron la torre de cristal donde vivían muchos de los poetas de aquella hora, y desde entonces el poeta descendió hasta juntarse o confundirse con la multitud, para gritar con ella o por ella la consigna: justicia.

Rugeles da también la nota cónsona con la época, porque tampoco pudo escaparse del torbellino que empujaba violentamente el alma nacional, transparentado en ojos sorprendidos, en voces recias, confiadas en sí misma en la bendición de un camino abierto hacia la felicidad, hacia el optimismo, hacia la ventura de la patria. Dice Rugeles:

*Vuelve. Torna al estadio del mendigo y la fiera,  
del sordo y del que habla con lengua de serpiente.  
Al mundo tuyo, mío y de todos. Al mundo  
de la uva y la rosa, de la espiga y la estrella.*

*Busca el aroma estoico de lejanas edades,  
cuando la sangre mártir era entre las venas  
un río desbocado hacia los cielos.*

Posteriores a la generación del "Grupo Viernes" están los poetas Carlos Augusto León y Juan Liscano, de quienes hablé en este mismo sitio en otra oportunidad, y que representan una corriente lírica más definidamente partícipe de lo social, por su marcado interés en destacar matices relacionados con la angustia del hombre, proveniente del caos mundial que la hora actual fija en el calenda-



rio del destino histórico universal. Estos poetas se adentran más audazmente en la temática de lo que el escritor Guillermo de Torre, denomina la literatura "comprometida", que es a nuestra opinión, literatura que posee un sentido de participación en los más agudos y fieros problemas que tiene planteados la humanidad, como consecuencia de la crisis económica, y por ende, espiritual que se observa en las sociedades contemporáneas. Liscano y Carlos Augusto León recuestan sus corazones en el pecho asustadizo de los demás seres pensantes o no, y le comunican el ritmo a su poesía en proporción directa a los valores de miedo, audacia, indecisión y desconcierto, que afligen a minorías y hasta a mayorías, en la encrucijada de esta hora convulsionada por los contrapuestos intereses en juego.

Carlos Augusto en uno de sus poemas dice:

*Hay una voz que puede más que el grito.  
Hay hombres y mujeres  
en torno de los cuales se acallan los ruidos de la tierra  
porque ellos llevan música por dentro.  
Hay una voz que puede más que el grito  
y que sigue sonando cuando todos los clamores se apaguen.*

El alma dolida del poeta vibra de dentro hacia fuera, se vuelca en el drama colectivo y participa de él con esa incandescencia que inaugura el espíritu donde quiera que lleve la subjetividad de su poder y de su fuerza generosamente salvadores. Carlos Augusto anda como un desvelado con llama de luz en su verbo, alumbrando el camino de los desheredados, de los desposeídos por la injusticia humana, y también, dando el pan de su exquisita sensibilidad a quienes desde sus recogidas individualidades, tienen mayor capacidad emocional para percibir más honda y nítidamente el mensaje poético, que desde la infinitud sentimental le nace a este varón de la palabra milagrosa, musical y verdadera. No podemos escribir sobre este poeta sin que una lágrima ascensional bordeé la cuenca pasible de nuestros ojos. Quizás se deba este fenómeno a ese oculto

sentido romántico —tomado lo romántico en un tono de sinceridad sentimental— que algunos seres llevamos debajo de nuestra carne de pasajeros fugaces por la vida. Quienes nacimos con una marcada conciencia de transitoriedad, tenemos mayor cauce para el sufrimiento, porque estamos más cerca de la verdad suprema de la vida: la muerte. Y esta noción parece agilizarnos y hasta enfermarnos definitivamente el volcán llameante de nuestra sensibilidad. “Quién que es, no es romántico” dijo Rubén Darío, y aquí nos hemos querido referir a este aspecto eterno de lo romántico, ligándolo así con nuestra inclinación al sufrimiento y a la pena diaria.

Juan Liscano, con menos vocación poética que Carlos Augusto León, responde al llamado que la hora presente hace a todos los sentidores y pensadores del mundo. En su verbo más contenido, más sacrificado, deja estar la angustia y el dolor colectivos. En su aliento enarbola la bandera de la bondad y el bien, con una generosidad que sólo cabe a los poetas. Dice:

*Porque amo a mi pueblo de gentes primitivas  
y a los pueblos del mundo y al hombre universal  
que en cielos de la angustia hoy levanta y sostiene  
estrellas de una nueva constelación polar;  
porque amo los tiernos animales, las bestias  
que en la sombra se juntan y este pan  
que comparto contigo, y los sueños que duermo  
a tu vera, soñando, y la vida mortal  
que me hiere de pronto con saetas de fuego  
y la muerte que cruza bajo un arco frutal  
con su largo silencio de ceniza y de polvo;*

El poeta nació para amar, y en Juan Liscano se cumple a cabalidad este supremo designio. Ama desde el corazón y lo abre como una flor roja para que se la picoteen desde fuera los malvados

y los buenos; porque el sentimiento del poeta no discrimina, ni enjuicia, ni sentencia, sólo amaneció para padecer y para querer sin recompensa alguna.

---

El signo de lo geográfico y de lo humano ha ido moldeando, día a día, una diferente forma de expresión poética venezolana. Las influencias de poetas más autóctonamente americanos han contribuido a trazarle rumbos diferentes al mensaje poético que la actual generación está elaborando en el rincón interrogante de la nueva Venezuela. Hay poetas de sentido bíblico, un Juan Manuel González, que en verso largo y metáfora ambiciosa, busca la expresión de sus sueños y sentimientos en la voz eterna de antigua raíz profética. Su poesía, no obstante su preferencia académica, busca y encuentra aliento en el acontecer diario, en lo rutinario de la vida. Se percibe en su poesía un sabor de salmo, escrito con un temperamento distinto. La fuerza y la intención de Juan M. González, destruyen la madrigalesco, lo bonito de la poesía, para darle preferencia e interpretación al drama que conmueve y desorienta al alma colectiva. En su poema "Canción de las Piedras humildes", dice:

*Acompañan al hombre humilde de este tiempo  
a conquistar el suave pan, los bíblicos peces,  
la morada tendida al pie de las estrellas.  
Y ablandan su garganta cada vez que bajamos  
a visitar los parques profundos de la tierra.*

Juan Beroes, con un sentido clásico, da una nota particularísima y audaz en la actual poesía venezolana. Hay en su verbo una cadencia azul, un rumor fresco e ingenuo. El caballo de fuego que desbocado corre por el altiplano sentimental de Juan Beroes, ha husmeado en el sol purísimo de la poesía sanjuanina y teresiana, en el desvelado mundo de Juan Ramón Jiménez, en el pozo fulgurante



de Garcilaso y en el corazón maduro de llanto de Gustavo Adolfo Bécquer. Traemos del mundo poético de Juan Beroes, un poema que se titula: "Triste Canción que quiere despedirse":

*Porque me voy te nombro compañera  
de mi triste y amargo pensamiento,  
que soy sólo memorias bajo el viento  
y no hay aire, por ti, que no me duela.  
Me dueles en los versos y en la pena,  
y hasta me dueles porque el sentimiento  
del ya tanto dolerme, ¡oh compañera!  
¡con aires tuyos fué a dolerse al viento!  
Me voy con el adiós muy dolorido,  
y por irme tan solo, compañera,  
me duele el desamor como un olvido.  
Triste me voy, aunque me voy contento.  
Solo, es verdad, pero me voy conmigo,  
¡solo y sin ti bajo el adiós del viento!*

José Ramón Medina es otro valor de la nueva poesía venezolana. Tiene en su haber varias obras publicadas. Obtuvo el Premio Municipal de Poesía, que también le fuera otorgado a Juan Beroes. Mereció la distinción de un premio en Santiago de Chile, en un certamen promovido en esta capital y fué ganador de un primer premio en un certamen que para poesía organizó la dirección de cultura de la Universidad Central de Venezuela. Su poesía tiene una suavidad de paloma, un encantamiento de casa vieja y soledosa, una cadencia sentimental profunda. Es uno de los poetas más inspirados y más poeta de las últimas generaciones literarias de nuestra patria. Leer a José Ramón es encontrar un recodo de emoción sincera y sentida para el espíritu.

Aquiles Monagas es un alma desolada que canta en tono mayor para despertar las mariposas y confundir su eco con el lirio. Su poesía es la medida de su palabra. Posee alas interiores para en-

viar su espíritu a visitar y descubrir el dolor de las gentes y dormirse en sus brazos. El mensaje de su poesía está lleno de penas, de ayes colectivos. Como poeta anda con su propio sufrimiento y con el ajeno sufrimiento también. Dice:

*¡Qué pena tan honda, madre!  
 Qué dolor de cruces rotas por estos caminos hay,  
 Qué dolor de Viernes Santos tienen de tarde los días,  
 Aquí hasta las grandes piedras se cansaron de esperar,  
 aquí debió morir Dios temiendo a la eternidad.  
 ¡Qué profunda es esta pena, madre, qué honda!*

Juan Sánchez Peláez, con un extraordinario sentido de la síntesis, es otro poeta con trascendencia y temperamento artístico maravilloso. Recogió mucha de su poesía en el acontecer de la vida chilena, en sus años de permanencia en este deslumbrante paisaje de Sudamérica. Sánchez Peláez marcha por la vida como un desvelado, en cuyos ojos se ha escondido la luna y en su alma le nacieron dolores extraños a su propia persona. Posee una palidez de atormentado y un asombro constante en sus ojos y en su espíritu.

De esta o parecida dimensión son los poetas: Alí Lameda, pujante voz profética, Aquiles Nazoa, poeta y humorista, Heriberto Aponte, José Carrillo Moreno, Luis José García, Rafael Pineda, Juan Sánchez Negrón, Francisco Salazar Martínez y Pedro Lhaya, y entre las mujeres, Luz Machado de Arnao, una de las expresiones femeninas más integrales, con más raíces de Cosmos y con una primorosa sensibilidad, Jean Aristinguieta, Ofelia Cubillán, Ida Gramcko, fina y trascendental alma de poeta, quien ha vaciado en una forma prodigiosa el remolino sentimental y robusto de su ser substantivo y lírico. Existen muchos otros poetas y poetisas, que escaparon a nuestra memoria en la hora de redactar estas carillas sobre la joven poesía venezolana. Juventud en cuyos espíritus ha influído mucho la poesía chilena, a través de un Pablo Neruda, sombra constante de todos los poetas actuales de América; Vicen-

te Huidobro, Rosamel del Valle, Angel Cruchaga Santa María —ángel también de lirismo y sentimientos—, Juan Guzmán Cruchaga, Díaz Casanueva, Pablo de Rokha, poetas que son leídos con avidez por toda la juventud literaria de nuestro país, y de cuyas fuentes de inspiración y de universalidad poéticas, está nutrida en mucha parte la poesía de la actual generación "Contrapunto" y de anteriores generaciones.

### LUIS PASTORI, POETA SUBSTANTIVO

Para leer y sentir al poeta venezolano Luis Pastori, hay que desplegar la imaginación, a fin de que busque estancia y asidero en la comarca del ensueño. A este respecto dice Vicente Huidobro: "Toda poesía válida tiende al último límite de la imaginación". Frente a la poesía de Luis Pastori debemos desnudarnos el alma y despojarnos de las rígidas paredes de la razón; para asistir plenamente al desborde de un espíritu primordial. Pastori es un poeta substantivo, y en el teje y desteje de su verso espontáneo y expresivo, nos deja un regusto de metáfora incalculada, de liviandad sensitiva. Quizás los poetas sean los mensajeros adelantados que nos envió la Luna, de donde les viene esa estupenda facilidad para descubrir el encantamiento que se esconde más allá del mundo aparental, convirtiéndolo en un sueño tangible al espíritu. "El poeta —continúa diciendo el magistral poeta chileno— crea fuera del mundo que existe el que debiera existir. Yo tengo derecho a querer ver una flor que anda o un rebaño de ovejas atravesando el arco iris, y el que quiera negarme este derecho o limitar el campo de mis visiones debe ser considerado un simple inepto". Y es precisamente esta ineptitud de que nos habla Huidobro, la que circunscribe y reduce la zona especial de los poetas, porque no todos los seres nacieron con ese pequeño Dios que nos permite adivinar el sentido de la metáfora o la ambición idílica de los trovadores.

La poesía de Luis Pastori participa de ese gran mundo, donde la imaginación marcha desligada de ataduras circunstanciales. Su



ámbito de abstracción es como un océano poblado de pajaritas de papel, en cada una de las cuales se anida una palabra mágica que el poeta toma para construir su canto. Esa multitudinaria blancura desmigajada sobre pequeños pájaros improvisados, se introvierte en el alma de Luis Pastori, convirtiéndose en millones de gavetas sutiles, de donde extrae lo maravilloso de su lenguaje y la riqueza de su mundo figurativo. Cuando saciamos la sed de nuestro espíritu en el desenfado poemático de este joven cantor venezolano, sentimos que un rumor de gracia se reparte por todos los rincones ocultos de nuestra sensibilidad, y que su voz nos rodea con el impresionante cauce emocional, hasta quedar magnetizados bajo el embrujo de su verbo flúido y musical.

Luis Pastori, sin descuidar el ritmo de su poesía —una de las características de su personalidad poética— ha ido desdoblado sus cantos de amor hasta convertirlos en cantos de dolor. Cuando escribía como un enamorado, ya se entreveía en su palabra mágica, la tristeza y la desolación que va modelando el alma de todo sentidor. A lo largo de su camino andado; ya no le queda más que la “pena pura” y un sentido profundo del amor. “Aventad las palabras —dice León Felipe— y si después queda algo todavía, eso será la poesía”. Y Pastori ha vaciado las palabras en las almas de las otras gentes, que son como hinchadas esponjas que lo absorben todo, sin devolver nada al soñador. No en vano dice en relación a esto mismo el apóstol José Martí, cuando habla del humanista venezolano Cecilio Acosta: “Quien se da a los hombres, es devorado por ellos, y él se dió entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa en bien de los demás la muerte”.

La muerte de una niña a quien amó el poeta, le obliga a hondas meditaciones, y juega con las ideas y las palabras para decirle su supremo adiós, descubriendo en ella la más honda raíz de su ternura. Dice:

*Livianos, por el aire, cómo irían  
su perfume, sus hombros, sus rodillas.  
Eran tan corazón, que sus costillas  
templo más bien de luz me parecían.*

Cuando lúgubres remordimientos se prenden de la encendida imaginación pastoriana, una interrogante de duda metafísica le surge a su presencia, y en uno de sus sonetos —molde común de su poesía— nos obsequia el ardor indeciso que quema su garganta, que puebla de pesares su pañuelo blanco y hace llorar su corazón, dice:

*Supongamos que el día no llegara  
y, fluvial y magnética, la vida  
toda oscura corriera estremecida  
con pañuelo de brumas en la cara.*

*Supongamos que el viento se apagara  
y la voz del amor cayera herida  
como una mariposa inadvertida  
que un invisible fuego la cegara.*

*¿Qué sería de esta luz que nos conmueve  
y de esta tibia mano que nos mueve  
con su clara y auténtica energía?*

*¿Qué sería del amor y de su suerte?  
¿Qué del silencio, el corazón, la muerte ?  
No supongamos nada, amiga mía.*

El poeta es un hombre de sugerencias, de insinuaciones. Sus definiciones caen en el marco de lo especulativo, por lo que está más cerca de la verdad, ya que es sabido filosóficamente que no existe ninguna definición exacta. ¿Qué es la verdad? ¿Qué es la vida?

¿Qué es el hombre? Nadie ha descifrado nada. Una interrogación brumosa se pasea sobre el cabello de cuanto queremos reducir a la infalibilidad de la palabra. Sin embargo, el poeta cae en la aventura de una definición que encaja más dentro de una noción de verosimilitud. Cuando Pastori se adentra por la subjetiva vereda del amor, para extraernos un juicio común que nos facilite una estimación más o menos precisa, se hunde en una meditación hermosa y llena de interpretaciones diferentes. Dice el poeta:

*¿El amor? Es un aire parecido  
a esos templos callados del olvido  
en donde el ruiseñor no vale nada.*

La vida va desfigurando el físico de los seres, va deshaciendo de fuera hacia dentro la vida de los espíritus. Pastori no ha podido escapar a este fatal designio, y así nos lo delata en su poesía. Dice:

*... Todavía  
guardo el mismo perfil y el mismo acento  
a pesar de que el tiempo en un violento  
cataclismo ha cercado mi energía.*

Cuando el gran poeta venezolano, Andrés Eloy Blanco, se refiere a Pastori, afirma: "Podría decir que Luis Pastori descuella en su generación; pero he de decir más; descuella entre los de su generación y entre los de todas las generaciones; es uno de los más grandes poetas de esta tierra". Estas palabras venidas de una sensibilidad tan exquisita y de una inteligencia tan clareada como la del poeta Andrés Eloy Blanco, quieren decir mucho, contienen una importancia particular.

Las influencias de Pastori las pudiéramos buscar, si pretendiésemos hacer un juicio crítico, cosa que no deseamos en esta oportunidad, en las voces de los clásicos españoles, y en los modernos poetas españoles también, tales como: García Lorca, Vicente Aleixan-



dre, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel (Machado y Manuel Hernández, y en América, Rubén Darío, el mismo Andrés Eloy Blanco, Francisco Luis Bernárdez, Huidobro, Neruda, César Vallejo y demás poetas de extraordinaria sensibilidad y genuinidad poética de América y España, Italia y Francia. Entre las obras publicadas por Pastori, figuran: "País del Humo", "Herreros de mi Sangre", "Toros, Santos y Flores", "15 poemas para una mujer que tiene 15 nombres", "Poemas del Olvido" y "Tallo sin muerte".

Luis Pastori posee en su rostro la blandura de su espíritu y una bondad que no se esconde nunca en quienes la llevan como signo de sus vidas. Es de ojos claros como su poesía, de frente abierta como un amanecer primaveral, de sonrisa espontánea, de tamaño mediano, exacto de hombre, de hablar gracioso, precipitado y poético, de rostro pensativo, de tez blanca, de cabellos sueltos como sus palabras. Sobre su corazón lleva la cruz del sentimiento y sobre sus hombros el peso de su melancolía. En Pastori, el hombre y el poeta peregrinan por el mundo con una queja honda, queja que sucumbe en su propia vida y se eterniza en el paisaje radiante de su espíritu, convertido en palabra lacerante y viva.

### ANA ENRIQUETA TERAN, SU LIRICA Y SU OBRA

Así como la brisa ríe sobre la flor más hermosa de un jardín, la aguda sensibilidad de Ana Enriqueta Terán se sube como una bendición sobre el crepúsculo de nuestro corazón atormentado de hombre. Sabido es que el espíritu es el caudal por donde corren presurosas o tranquilas las penas y las alegrías de la humanidad, y desde este espíritu nos hemos acercado al fuego mágico y eterno que alumbraba a esta estupenda poetisa venezolana. Es ella un alma densa, como si la montaña hubiese hundido, en intensidad y fuerza, la llamarada pasional que se mantiene incandescente en los seres de sensibilidad más estremecida. En Ana Enriqueta todo es vibración. Su vigilancia permanente es similar a la de un ciervo arisco, que mantiene sus sentidos sensibilizados hacia todos los horizontes, des-

de donde pueda aparecerle un cazador cualquiera. En la caracola armoniosa de su oído recoge la canción y la tristeza de las otras gentes, y es la soledad y la melancolía, las que asombran y definen la personalidad de este "mujer, mujer", como la definiera el poeta Manuel F. Rugeles.

Se percibe a través de toda la poesía de Ana Henriqueta Terán, una savia clásica, emparedada con Santa Teresa, la divina hechizada por el verso, San Juan de la Cruz, Jorge Manrique, Garcilaso, Góngora, Alfonsina Storni, la de la muerte estancada en su pecho y en su palabra y Francisco Luis Bernárdez, el solitario musical y trágico. Todas estas fuentes y otras muchas en las que ha absorbido parte de su ansiedad poética Ana Henriqueta, han contribuido a enriquecer su acervo sentimental e imaginativo, han inflamado el goce interno de su padecimiento diario y de su cadencia poemática. El vuelo de sus sueños, original, personal, la salva de seguidismo incondicionales: y con su despierta inteligencia ha ido abriéndose camino por entre el verso ya creado, para llegar hasta la sonora claridad donde habita con el sello de su propia poesía. Las manos de lo musical venezolano que rondan el ambiente de nuestro país, se han posado sobre el corazón de Ana Henriqueta para inundárselo de melodiosas lágrimas, como una fuente eterna de donde pueda extraer toda la desazón y la fe que alimentan el faro enrojecido de su inspiración poética.

Cuando la poetisa Juana de Ibarbourou habla de la poesía de Ana Henriqueta Terán, así se expresa: "Se ha hablado mucho de la femineidad en la poética americana. Pocas, quizás ninguna mujer aparte de nuestra Delmira Agustini, tiene como Ana Henriqueta ese místico y ciego arrebatado que da al desnudo de cuerpo y alma, tal divina pureza de antigua estatua. La soledad es su sino; un sino fecundo como el de la semilla aislada, palpitante entre el óvulo vegetal; como el de la perla entre la valva hermética; como el del ser que aún no ha nacido y crece hacia su destino entre la sagrada y cálida oscuridad materna. Es sola y abstraída porque ha de ser grande. En la joven mujer que sufre su poesía y la realiza entre llamas,

ímpetu y el olvido de todo, que cercan a los que traen una misión". Esta apreciación sobre Ana Henriqueta es exacta. Nadie como ella, dentro de la joven poesía que realiza la mujer venezolana, posee esa riqueza de colorido y ese sino trágico de lo poético, que inaugura y preside el verso de esta joven mujer poeta. Su voz es diferente. Dueña de un tono metafísico, viaja y discurre por sobre un mundo superior, desde donde ve, entiende y se duele de cuanto en su torno gira. La luz nítida de su acervo lírico la baña por los cuatro horizontes de su vida. Es una presidiaria de su propia sensibilidad, de donde no se ha podido escapar nunca. Se mueve como un demente enloquecido hacia todas las puertas de su espíritu, y no encuentra más que soledad y tristeza, los símbolos más definidores de su poesía.

El fino y sensitivo poeta uruguayo, Juvenal Ortiz Saralegui, dice, refiriéndose a Ana Henriqueta:

*Es la codicia y el padecimiento.  
Más allá de la sangre, con hartura  
de milagro, pasea y se ilumina*

*esta venezolana sin llanura,  
temerosa de sombra submarina  
encrespada de mar, lacia de viento.*

El paisaje que por primera vez inundó los ojos de Ana Henriqueta, allá por los años de su infancia, ha repercutido en el modelar de su verso, en la embriagadora locura geográfica que ha utilizado para construir gran parte de su obra lírica. Nació frente a un sol brillante, que guarda sus rayos en una exuberante vegetación montañosa. Con su asustadizo temperamento se acercó sigilosa a la claridad de las fuentes, que en su región natal, corren como cascadas de piedra en piedra, de precipicio en precipicio. Sus manos palparon las hojas de árboles frondosos y de un verde vivo, o gozaron resbalándose por sobre el lomo de un caballo nervioso, o de un



buey manso de ojos entristecidos. Gozó en su infancia la naturaleza en plenitud. Ambuló como una sonámbula de un sitio a otro, siempre metida en la frescura y en el goce espontáneo de la naturaleza. Estos elementos exteriores se escondieron, como conejos blancos, en el alma interior de Ana Enriqueta, y la han enriquecido hasta el desbordamiento, en la sinfonía clásica, subjetiva e intensa de su poesía.

Uno de los temas poéticos de Ana Enriqueta, es el del amor. Por él acerca su frágil y desnudo corazón hacia todos los hombres, personificándolos en un símbolo de vasta trascendencia, y se escapa como una liebre, para caer rendida, como una adolescente enternecida, en brazos de sus sueños. Si aceptamos el amor como imaginación, como cualidades que inventa un ser en otro, nadie ha amado más intensamente que esta mujer del verso atormentado. En su libro "Al Norte de la Sangre" tiene 26 sonetos titulados: "del amor perenne y del amor fugitivo". Todos constituyen una hermosa canción entonada en gracia a ese rumor pasional que incendia de alegría y dramatismo, el cuerpo de Ana Enriqueta. Dice:

*Atalayas de amor y ciego olvido  
pide mi corazón tan marinero,  
que no resiste tierra y carcelero  
cuando la mar aroma su sentido.*

*Por donde vas, el aire va vencido  
y vencido mi llanto y prisionero  
mi corazón, tan fiel y tan lucero  
que de sus dones fué desposeído.*

La angustia amorosa roe la carne temblorosa y sentidora de la morena tropical, y la lanza hacia los vientos, desdoblado para ello su propia estructura física. "Alza su voz oscura" como un penacho vegetal y lo planta frente a los ojos de todos los que sienten la poesía. Dice:

*Alzo mi oscura voz y te presento  
copas de sal, lebreles de dulzura;  
son mis huesos la tibia arquitectura  
que sostiene mi sangre y mi lamento.*

*¿A qué llorar, a qué reír, si siento  
encendidos planetas, espesura  
de humana sabia, campos de pavora  
donde se torna cruel mi pensamiento?*

*Son mis cabellos de color cautiva,  
mi opaca lumbre, mi dulzor primero  
por el que muero tierna y revivida.*

*Son el fuego, la piedra, la saliva.  
es mi dolor gemido hasta el acero.  
¿A qué llorar, si vivo en roca viva?*

Los últimos dos libros de Ana Enriqueta Terán, titulados "Verdor Secreto" y "Presencia Terrena", poseen un tono distinto. Un acentuado golpe de tragedia, que no ya el puro delirio del amor, riega las páginas poemáticas y entristecedoras de estos dos poemarios. Hay en ellos un alma con un mayor dominio, con un control más rígido de su propia suerte, de su fatal designio. En estas últimas obras la voz se le crece en pavor, en asombro. El miedo a la vida y la presencia infalible de la muerte, hincan sus rodillas distintas y complementarias en la ternura de Ana Enriqueta, y pueblan su voz de ayes escondidos, de dolores irrenunciables. La primera etapa poética de Ana Enriqueta se podría definir, un poco arbitrariamente, con la explicación que sobre la ternura nos da el pensador Ortega y Gasset: "La ternura es por dentro placer y por fuera dolor". Y la segunda etapa, esta que viene delirante en sus dos últimos libros publicados, encajarían en la definición que sobre la nostalgia, nos trae el mismo Ortega y Gasset: "Al revés de la ternura —dice— es la nostalgia hacia dentro, dolor, y hacia afuera, placer". Y

es el puro dolor el que está ahora acompañando la soledad real y metafísica de Ana Henriqueta. En su "Oda VI" de "Presencia Terrena", nos dice:

*Alguien me dijo algo de bestias taciturnas,  
de mares y tinieblas que azotaban mi rostro,  
escuchaba su voz y buscaba su cuerpo  
por altos corredores sin llegar a su lado.*

*Existo. Me detengo para escuchar mi muerte  
que viene por mi sangre como un bongo latido  
mi muerte tiene en mí, cantos de mansedumbre  
y secretas constancias del amor y del olvido.*

Otras veces se queda acodada en su nostalgia sobre el vientre huidizo e implacable de todas las cosas; mirando con ojos absortos el paso lento y definitivo de las tristezas, que en romería incontenible deshácense en la lágrima. Dice:

*Todo gime y se calza sus sandalias de llanto,  
mas yo apoyo mis sienes sobre el pecho del mundo,  
para sentirme aún doblemente en el canto  
y escuchar el orgánico rumor de lo profundo.*

Y esta profundidad es la que ha ido modelando el alma sutil de Ana Henriqueta, mujer de voz cálida, ojos alegres y de sonrisa espléndida. Su cuerpo está hecho de una armonía de paisajes distintos, su gracia construída con el canto alegre de los pájaros, el color de su piel le nace de la morenez de su tierra, clareado por los ojos vidriosos del rocío que día a día bañaban su carne. Hablar con Ana Henriqueta es hallar la emoción hecha mujer, la fuente hecha risa, la vegetación convertida en cabellos. Posee ese hondo hálito de sugestión que engrandece el espíritu de cuantos lo llevan como signo de sus vidas. El tropel de su radiante simpatía, nos ata definitivamente al carruaje de sus ensueños y al río turbulento y transparente de sus eternos sentimientos.